

# **Marcos Ordóñez**

## Comedia con fantasmas

Primera edición en Libros del Asteroide, 2015

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

© Marcos Ordóñez, 2015

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © Ros Ribas

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-16213-25-2

Depósito legal: B. 10.802-2015

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de cubierta: Jordi Duró

Diseño de colección: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

*Pepita Forever*

*Para José María Pou*

*Y para mi padre, en el cielo de Madrid*



# Índice

## PRIMERA PARTE

EN EL REINO DE POMBAL (1925-1934)	13
1. El camión rojo	15
2. La sombra de Pombal	35
3. Los ocho magníficos	48
4. Monroy y la caja de magia	63
5. Su propio amo	78
6. Madrid, 1929	91
7. Anglada y la Nati	107
8. Palmira contra el barón de Münchhausen	127
9. Mi loco corazón	141
10. Primera Rosa	164
11. Barcelona, 1933	186

## SEGUNDA PARTE

LA CIMA DEL MUNDO (1934-1957)	207
12. Un fantasma a rayas	209
13. Una lección de comedia	228
14. Bragas a peseta	241
15. Y volvían cantando	255
16. El cielo abierto	269
17. Monroy en la calle del Desengaño	288
18. Vuelve Pombal	302
19. Tres tunos muy tunos	316
20. La gran vida	329

TERCERA PARTE

DÍAS EXTRAÑOS (1957-1985)	353
21. Un Buster Keaton de Cáceres	355
22. El jamacuco	369
23. Dulces pájaros de juventud	380
24. ¿Dónde vas, Nicolás?	397
25. Se va el caimán	410

Qué es un fantasma?, preguntó Stephen. Un hombre que se ha desvanecido hasta ser impalpable, por muerte, por ausencia, por cambio de costumbres.

JAMES JOYCE, *Ulises*

Si he de resultar yo el héroe de mi propia vida o si ha de ocupar ese puesto otro cualquiera, habrán de revelarlo estas páginas.

CHARLES DICKENS, *David Copperfield*





PRIMERA PARTE

En el reino de Pombal (1725-1750)



## 1. El camión rojo

Voy a hablar de un mundo que ya no existe.

Casi todo ha sido arrasado... calles borradas, clubs cerrados, teatros derribados... No existe ya aquel paisaje, el paisaje de mi vida, ni las figuras que lo habitaban... Tantos nombres que hoy ya no dicen nada a nadie... Tanito Monroy... Joan Anglada... María Rosa Camino... los gemelos Monmat... Carlos Torregrosa... Luisita Santaolalla...

Pombal, el gran Pombal...

Mi vida, mi verdadera vida, empezó cuando Pombal llegó a la ciudad; no puedo contar mi vida sin la suya.

El año era 1925, y mi ciudad, Villaura; una ciudad pequeña, oscura, fortificada, llena de curas, y militares, y sobre todo mineros, en el suburbio, en la Cañada, donde vivíamos. No he vuelto a Villaura; jamás. Todas mis giras evitaron ese punto del mapa. Hace mucho tiempo que es una ciudad «moderna» y seguro que sus gentes son unas bellísimas personas, pero para mí sigue oliendo a charco, y a cera, y a hollín, y a sidra vomitada.

A los trece años yo estaba lo bastante loco como para hacer lo que hice. No le tenía miedo a nada. Mi madre era la primera en decir que estaba loco, que era un salvaje...

Mi padre se llamaba Avelino y mi madre Fuensanta. Mi madre

pasaba el día fuera de casa. Limpiaba, fregaba escaleras, cosía, planchaba... todo el día, de la mañana a la noche. Lo que menos necesitaba era un hijo, y menos un hijo como yo. Cuando nació, el médico me levantó en alto para que llorase. Yo no lloré. Ni una gota. Mi padre contaba, en las tabernas, que sonreí, como un angelito, y le meé al médico en toda la boca.

En las tabernas, mi padre alababa la fuerza de aquel chorro mío, como el de las cervezas a presión que había visto en su único viaje a la capital. Yo iba a las tabernas y a los colmados a buscar a mi padre, y le oí contar esa historia muchas veces, mientras me arremolinaba el pelo con la mano. En aquellas tabernas había siempre muy poca luz, a veces un simple quinqué de petróleo, una luz tan sucia que apenas se reflejaba en la barra de zinc, y todos se apiñaban en torno a una estufa central, con los vasos en la mano y las caras rojas y brillantes. Yo siempre sabía dónde encontrar a mi padre. Mi madre decía que mi padre era un caso perdido, y que yo acabaría como él. Un caso perdido, una bala perdida... No tuvo suerte en la vida. Y la única vez que la buscó...

Mi padre había trabajado en Mina Mariana, en Moreda; una de las minas del marqués de Comillas, hasta que se agotó, se quemó, decía él. Quemó allí, decía, los mejores años de su vida, su infancia y su juventud. Luego trabajó en una tenería de cueros, y en un almacén de forraje; trabajos más descansados, pero que rendían poco. Yo le veía por las noches, cuando iba a buscarle a la taberna. O cuando él volvía del almacén, dando tumbos, por aquella calle estrecha, empinada, de paredes negras, como las de todo el barrio, por el gran incendio de 1911, y me decía: «Hola, nenín...».

Mi padre, el padre que yo conocí, era un borracho amable, tímido, de sonrisa humilde. Con mi madre yo no me entendí nunca. Quizás si hubiéramos tenido más tiempo... Mi madre siempre decía «Tu mejor amigo es una perra en el bolsillo». Y mi padre, cuando tenía una perra, invitaba a todo el mundo.

O me la daba a mí. Cada vez que «encontraba» una moneda brillante me la daba. Tampoco es que encontrara muchas... A lo largo de toda mi vida, cada vez que he encontrado una moneda brillante he pensado en mi padre. Como si su cara me sonriera desde la moneda.

A mi padre le calentaron la cabeza con las grandísimas oportunidades que había en México, y no paró hasta embarcarse. Esto fue cuando ya tendría sus buenos cuarenta. Parece que se reavivó, como suele pasar a esa edad; quizás pensó que era su última oportunidad, no sé. Nos dijo que una vez allí, una vez «instalado», nos mandaría llamar. Pasaron unos meses, un año... El pobre nos enviaba casi todo lo que ganaba. Había encontrado trabajo en Taxco, en las minas de plata, y yo ya soñaba por las noches con aquella ciudad tan lejana y de nombre tan raro, una ciudad que imaginaba toda de plata brillante, hecha de monedas, como las ciudades orientales de los cuentos, cuando llegó una carta de aquella mina diciendo que mi padre había muerto: un derrumbamiento. Tuvieron el detalle de meter unos billetes en el sobre, un dinero que se fue en pagar deudas, y facturaron por barco el hatillo con sus cosas. Entre sus cosas había un libro muy manoseado, lleno de subrayados con lápiz rojo, que se llamaba *La suerte en la vida, el amor y los negocios*.

Cuando murió mi padre, mi madre pasó un tiempo como loca, chillando y pegándose por cualquier cosa. Decía «¿Qué voy a hacer, qué voy a hacer con este castigo?». Nunca había sido muy petenera, pero la muerte de mi padre le acabó de agriar el carácter. La verdad es que el único recuerdo un poco agradable que tengo de mi madre era una especie de trabalenguas que me cantaba cuando yo era muy pequeño, y que decía así: *De Gijón trajo Juan un hijo / joven fajirrojo y bajo / que rajó un traje muy majo / cogiendo a fajos el mijo*. Y cuando me despertaba, sonriendo, para decirme:

—Venga, que ya han pasado las burras de la leche...

Después de la muerte de mi padre le entró el venate religioso, y eso sí que le cambió la vida. Mi madre empezaba a limpiar casas muy pronto, pero comenzó a levantarse más pronto todavía para ir a maitines. Y luego tenía el rosario, y la Adoración del Santísimo Sacramento, y las visitaciones, y las novenas, y todas esas liturgias. Yo llevaba recados en unos ultramarinos, de modo que andaba todo el día en la calle, haciendo maldades... yendo a romper vidrios a pedradas, haciendo volar botes de carburo, con los otros chicos de la Cañada... y los del Cerro de Orgacho, que todavía eran peores... riendo por nada, peleando por nada, con los nudillos despellejados...

Un día, cuando yo acababa de cumplir diez años, mi madre me presentó al que sería mi padrastro, don Froilán Quincoces, un hombre muy religioso, seco, chupado más bien, con el pelo gris muy corto, como un cepillo de púas metálicas. Tenía una tienda de velas y estampas, junto a la parroquia de San Estanislao, y muy buenas relaciones con los curas, gracias a las cuales me metieron interno en los Padres Lazaristas. Después de una comida, don Froilán me dijo que el internado sería lo mejor para mí, que tenía que estar muy agradecido y que no todos los niños tenían la suerte que iba a tener yo.

Yo no entendía qué podía verle mi madre a aquel hombre. Oía a cera, pero a la cera de una vela recién apagada. Mi madre también había cambiado; se había encorvado y fruncía igual los labios, y olía como él...

Parecían un cura y su sirvienta.

El internado de los Lazaristas estaba a unos treinta o cuarenta kilómetros de Villaura, en las montañas, junto a un sanatorio antituberculoso, y se llegaba en un trenecito que parecía de juguete, un «ferrocarril cremallera». A mí me hacía mucha gracia lo de la cremallera. Era lo único que me hacía gracia de todo aquello. La

vida en el internado era horrorosa, y pegaba un frío tremendo allá arriba. Las estancias eran umbrías, de techos altísimos. No he pasado más frío en mi vida, ni durante la guerra.

Las luces se apagaban a las nueve de la noche, y solo quedaba en las estancias el resplandor mínimo de unas bujías temblonas, con las llamas agitadas por las corrientes de aire que allí había; corrientes que parecían atravesar las paredes, como fantasmas...

Cada día era igual. Nos despertaban a las siete y media. Nos lavábamos vestidos, porque estaba prohibido quitarse la ropa delante de los demás. Luego la misa, el desayuno... el desayuno era siempre un tazón de aguachirle al que llamaban café, y gachas, o borona mojada en leche, o malta con un pedazo de pan, y muy de tarde en tarde, un poco de compota o una lámina de membrillo. El desayuno, el estudio... recreo, el ángelus... la comida, otra vez estudio, hasta las siete... A eso de las siete, cuando se acercaba el buen tiempo y los días se hacían más largos, salíamos un rato... un paseo «higiénico», decían, por aquellos bosques helados, troceando escarcha con las botas... y los golpes en las orejas frías, en las puntas de los dedos, con la mano extendida haciendo la higa... y la cena, y las «guardias» ante el crucificado... Días idénticos, hasta perder la noción del tiempo... un tiempo medido por el timbre que nos despertaba y el timbre de la noche.

Luz, oscuridad. Luz, oscuridad.

Yo estaba muy raro. Me encogía de hombros. Miraba al suelo, decía a todo amén. Aguantaba. Aceptaba. De repente, mi vida era aquello... Bueno... Procuraba no destacar, hacerme un poco invisible, y no me costaba mucho. Me encontré allí con uno de los chicos del Cerro que se llamaba Senén, Senén Padilla, medio bobo pero grande como un armario y muy fuerte, y me junté a él como si fuéramos hermanos, para que los mayores no se metieran conmigo. Senén me dijo un remedio para los sabañones. Yo

nunca había tenido sabañones en Villaura y los tuve allí. Todos teníamos. Los dedos de las manos y los pies se hinchaban, se ponían rojos, y cuando se agrietaban escocía muchísimo. Senén también tenía, pero no le dolían, porque se meaba en las manos. Yo creo que el truco estaba en que la orina te quemaba tanto que dejar de hacerlo era un alivio.

— ¿Lo has probado, Mendieta?

Mentí. Le dije:

— Pues va muy bien.

— Lo ves, hombre... Tú hazme caso a mí...

Años después me enteré de que algo de verdad había en aquello, porque por lo visto la orina contiene amoníaco o algo parecido, que cauteriza y anestesia.

Cuando meábamos juntos, Senén me miraba y sonreía, feliz, con aquella cara de luna que tenía, convencido de que los dos nos estábamos meando en las manos al mismo tiempo y que eso nos unía. El pobre Senén hablaba durante horas de su madre, no la que le había metido allí sino, decía, «la de verdad», una señora muy guapa, como la Virgen del Camino que había en la capilla... una actriz, llena de joyas y con los ojos pintados, que pronto vendría a buscarle...

— Se llama Carmela y trabaja en un teatro muy grande, con todo el cuerpo cubierto de perlas.

Yo le seguía la corriente y hacía ver que me lo creía todo. ¿Tenía sentimientos en aquella época? Debía tenerlos, claro. A veces, mientras Senén hablaba de Carmela, yo pensaba en mi padre, sonriendo con aquella sonrisa tímida, en mitad del callejón, o me lo imaginaba todavía vivo, en Taxco, con sombrero y traje blanco, de indiano... En mi madre y en el cerero pensaba pocas veces. Supongo que me forzaba a no pensar, me los apartaba de la cabeza... Yo me recuerdo como un pequeño animal, sin sentimientos, solo instinto... un animal con los ojos entrecerrados, las manos apretadas en los bolsillos, las orejas frías.

Los golpes en las orejas es lo que más recuerdo. Una noche



me levanté para ir a los aseos, que parecían abrevaderos, y abrí un grifo sin motivo, solo por ver correr el agua... y me quedé hipnotizado como un pájaro porque el chorro de agua era de plata, fluía y brillaba como la plata. Esto se debía a la luna llena, que entraba por el ventanal. Uno de sus rayos daba, de trasluz, sobre aquel chorro de agua que yo miraba, quieto, mientras la pica, baja, de piedra gris, se desbordaba, siempre atascada de pelos y porquería, y se iba formando un charco alrededor de mis pies, un charco grande... Tan alelado estaba con aquello que ni siquiera me di cuenta de que tenía los pies empapados, que el agua estaba llegando al pasillo... Volví a la tierra por la bofetada brutal de uno de aquellos gañanes con sotana, el padre Jacobo, una bestia... Me pegó tan fuerte que la oreja se me puso como una coliflor, una coliflor llena de abejas.

Cada dos domingos, cuando llegaba el buen tiempo, bajábamos a Villaura en el trenecito, junto con algunos enfermos, los menos pudientes, del sanatorio. Antes no, porque la vía casi siempre estaba bloqueada por la nieve. Lo que más me gustaba era poder bañarme mucho rato en agua caliente, en la tina... Luego comía con mi madre y el cerero. Largas comidas, sin más sonidos que los de la cuchara en el plato, y el reloj del comedor marcando los cuartos, las medias, los cuatro cuartos... el crujido de una silla... Siempre, pero siempre, había un momento en que el cerero se metía a hacer de padre y me preguntaba por la vida en el internado.

—¿Coméis bien?

—Muy bien.

Anda que iba yo a darle el gusto de que me tuviera lástima.

—¿Y el frío qué tal? —decía el cabrón.

—Un poco de frío hace. Sobre todo por las noches.

—El frío es sano. Tonifica.

—Si usted lo dice.

Siempre las mismas preguntas y las mismas respuestas. Y mi madre... ¿Qué decía mi madre? Nada. Se quejaba, en general; se quejaba siempre... ¿No estaba bien? ¿No estaba con el cerero? Ahora le ayudaba en la tienda, y ya no tenía que fregar tantas casas. Y se habían librado de mí. Pero solo decía «Contesta cuando te pregunten», cosas así, cuando yo apretaba los labios, tozudo... Así iba aquello. Yo a mi madre ni la miraba. ¿Para qué?

Un domingo de verano, en fiestas, yendo hacia Villaura en el trenecito, y al llegar al tramo en el que las vías se cruzaban con el camino, vi algo que me llamó muchísimo la atención, algo que cambiaría mi vida para siempre.

Por el camino que iba a Villaura subía renqueando, rebufando, como si fuera a descuajaringarse de un momento a otro, una mezcla de camión y autobús, muy grande, como un coche de línea cargado de bártulos, desbordado más bien y, eso fue lo que más me sedujo, pintado de rojo, rojo brillante, rojo manzana... Me pareció que era la cosa más bonita que había visto en mi vida... Yo había visto el coche de línea, gris y negro, que iba a Oviedo, y los camiones de los soldados en la explanada de las casernas. Aquel era como una mezcla de los dos, pero en rojo. Y con unas letras plateadas en el lateral, que decían:

EL GRAN TEATRO DEL MUNDO  
COMPAÑÍA ERNESTO POMBAL

Aquel domingo las ventanas estaban abiertas y entraba la bullanga de la calle, trompetas, panderos, pero en el comedor seguía el mismo silencio de todos los domingos. En mitad de aquel silencio yo llevaba la sopera vacía, de vuelta a la cocina, y de repente la sopera estaba en el suelo, hecha trizas, y yo la miraba embobado, maravillado por aquel ruido... No sé qué me dio. Un ataque de furia como nunca me había dado, pero sin perder la calma, ni la sonrisa, aunque me temblaban las manos

de pura excitación, o como si estuvieran extrañadas de lo que estaban haciendo... ahora un vaso, ahora un plato... los cogía y los tiraba al suelo, sin decir palabra, sonriendo, casi como si los depositara en el aire...

Estaba de repente tan feliz que ni vi venir la primera hostia del cerero. En la oreja, qué manía tenían todos. Sonreí. Él gritó. Nunca le había oído gritar. Decía: «¡Baja la vista, desgraciado!». La segunda hostia me abrió el labio, y se me llenó la boca de sangre. Mi madre iba y venía, del comedor a la cocina, recogiendo el estropicio, retorciéndose las manos, diciendo «Señor, señor, señor», muy teatral, muy trágica... De ahí me vendría a mí lo del teatro.

Yo me reí, la verdad. Me entró la risa. Y cuando el cerero levantó la mano por tercera vez, bajé la vista. Pero fue para lanzarle un cabezazo, directo al mentón, con todo mi cuerpo, con toda la fuerza de que fui capaz, como le había visto hacer a Senén. El cerero cayó redondo. Y mi madre: «Asesino, asesino...», decía, intentando levantarlo del suelo, sin éxito, porque era muy pequeña, pobrecita... y le acariciaba la cabeza, aquel pelo como un pajizal, como nunca me la había acariciado a mí... Aquello, aquel detalle insignificante, si se quiere, me cortó toda la alegría de haber tumbado al cerero, y casi estuve a punto de echarme a llorar allí mismo, de echarme a llorar en sus brazos, incluso en los del cerero... con ellos... Pero mi madre me miró entonces, también como no me había mirado nunca, con los ojos como tizones, tizones helados, y dijo, ya sin gritar:

—No vuelvas por aquí. Nunca. Nunca más. Y da gracias al Señor si este santo no da parte.

No volví a verles. Murieron los dos en un choque de trenes, en Mieres, poco antes de la guerra; un choque de trenes que salió en las portadas de todos los diarios, con casi doscientos muertos.

Aquel domingo, todavía con la voz de mi madre en los oídos (eran susurros, susurros furiosos, pero se me quedaron dentro como gritos, y hasta llegué a soñarlos), bajé a la calle y me perdí por la ciudad en fiestas. Había, como todos los años, gallardetes de colores y guirnaldas de balcón a balcón, y las paredes parecían menos negras, y las calles como ensanchadas por el aire limpio, cálido... Las calles estaban llenas de soldados con el uniforme de bonito, cantando el *Chiribi*, y chicas muy guapas, bien peinadas, con vestidos de colores claros, manchándose la cara y los dedos de rojo por los *bollus preñaus*, y riendo... Sonaban charangas, aquí y allá, y había tenderetes con sidra y agua de cebada. Caminé entre el gentío, con las manos en los bolsillos, feliz de sentir aquel sol en la cara...

Una chica, en una ventana, cantaba una canción de moda, un cuplé que decía algo así como «Tú no tienes nada, nada...» y yo pensé que sí, que ese era yo, que la canción hablaba de mí, que yo era el protagonista... «Tú no tienes nada, nada de nada...» Porque mientras caminaba entre la gente ya había decidido que no iba a volver a los Lazaristas... Otro, cualquier otro, en mi situación, se hubiera preocupado... qué iba a hacer, de qué iba a comer, dónde dormiría... Yo no, no recuerdo que sintiera la menor inquietud. ¿Quién, por otra parte, iba a pensar en la noche, con aquel sol y aquellos colores y risas?

Yo caminaba como borracho, imitando la sonrisa de mi padre, y no tenía ni hambre ni calor ni miedo ni culpa, hasta que me paré en seco delante de un árbol, un olmo muy alto y viejo, coposo, con un asiento circular de piedra alrededor, en una plaza que se llamaba de Santa Tecla (casi todas las calles y plazas del centro, de la parte vieja, tenían nombres de santas y santos), porque en el tronco de aquel árbol había un cartel con el mismo rótulo, ahora en letras grandes y rojas, que había visto en el lomo del autobús: COMPAÑÍA ERNESTO POMBAL.